

DE LA FINITUD

MIGUEL SÁENZ

*Traductor, miembro de la Real Academia Española de la Lengua,
miembro de la Academia Alemana de Lengua y Literatura
msaenz99@hotmail.com*

“De la finitud” es el nombre del libro póstumo de Günter Grass. En realidad, ese título tan clásico y de resonancias tan latinas no es exactamente igual al alemán, porque Grass emplea el dialecto de su niñez, una mezcla de pruso oriental y cachubo, y escribe *Vonne Endlichkait*. Por un momento, al comenzar a traducirlo, sentí la tentación de llamarlo dialectalmente *De la finitú*, pero pensé que el lector español no entendería por qué Günter Grass, en sus últimos días, había comenzado a hablar una especie de extraño andaluz.

Desde hacía un par de años, Grass, que estaba muy enfermo, no podía ya escribir, al menos novelas de gran aliento, porque, simplemente, le faltaban las fuerzas para construir una trama, crear unos personajes, desarrollar una historia... Es decir, realizar el enorme trabajo físico y mental que le exigía cualquiera de sus novelas. Hubo un tiempo, cuando Grass era joven, en que se preciaba de cocinar todos los días y hacer todos los días el amor. En su vejez avanzada, Grass se refugia en la poesía, el dibujo y pequeños ensayos que no le exigen grandes esfuerzos. Tres días antes de morir corrigió las pruebas de imprenta de este libro, que recoge sus últimas creaciones.

De la finitud es un libro melancólico, pero no triste. Discursivo, pero no pesado. Ligerero, pero siempre con los pies en el suelo. Günter Grass, que sabe no solo que va a morir, sino que va a morir muy pronto, se despide de la vida, lamentando, eso sí, que haya sido —87 años— tan breve. Para mí, en ese libro está el Grass más sincero, más auténtico y con más humor.

Se compone, como decía, de dibujos, versos y pequeños ensayos, todos relacionados entre sí por una especie de ambiente crepuscular.

Los dibujos, hay que reconocerlo, están lejos de ser sus mejores. Son dibujos a lápiz de grafito que nada tienen que ver con los heroicos grabados de la época de *El rodaballo*, ni con las ágiles acuarelas de *Mi siglo*, ni con las esculturas de *La ratesa*. Grass dibuja simplemente lo que tiene a mano, lo que encuentra en sus paseos por la playa, los objetos de que se sirve a diario. Una vez se coloca ante el espejo y nos ofrece un retrato sardónico, cuando solo le quedaba ya un diente. Pero por lo general dibuja plumas, muchas plumas, clavos retorcidos que presagian los de su ataúd (que al final no llevó clavos), hojas secas, frutas podridas... Delgados esqueletos de batracios o roedores, pájaros, muchos pájaros despavoridamente muertos, un búho insólito, una ternera inocente que asoma la cabeza por encima de una de la valla, extraños insectos, un calamar, setas casi pornográficas, caracoles, una mano envejecida a

la que acechan unas tijeras, dedos cortados por esas tijeras, pipas, muchas pipas de fumar, sogas enredadas, nidos de pájaro vacíos, ranas y sapos despanzurrados... Todo un mundo caduco que acaba o ha acabado ya.

Sus ensayos exigirían un análisis sosegado que no puedo hacer ahora. Grass repasa, por ejemplo, los escritores que amó y sigue amando: el Grimmelshausen del *Simplicius Simplicissimus*, uno de sus eternos modelos. François Rabelais, el de *Gargantúa y Pantagruel*, que, como dice Grass en un poema, «supo burlarse con palabras insolentes/ del eterno retorno de los sensores». O el casi desconocido fuera de Alemania Jean Paul, cuyos chistes —dice Grass— le hacían reír hasta las lágrimas. Y otros, como Claude Lévi-Strauss, cuya visita tardía se imagina Grass, sin citar siquiera su nombre porque piensa que cualquier lector culto lo reconocerá si hace alusión a sus tristes trópicos. Grass le rinde tributo y reconoce la influencia de Strauss en *El rodaballo*, su novela, en donde Aua, la mítica cocinera de tres pechos, roba al jaguar divino un trocito de carbón ardiente y lo esconde en su vulva. Y también menciona Grass, de pasada, a otros escritores: Hans Magnus Enzensberger, Paul Celan, Walther von der Vogelweide... Y, desde luego, a su amado Albert Camus y su piedra de Sísifo.

En el libro aparecen también mujeres, que a veces han sorprendido hasta a los más expertos en la obra de Grass. Como la diseñadora de la editora Steidel, Sara Winter, a la que el libro, muy justamente, está dedicado. O una “musa no profesional”, sin nombre, a cuyo beso Grass, en el primero de los textos, atribuye su nueva vida, «como si el hallazgo felicidad —dice— tuviera un nombre repetible. “O bien su «muy amada Libuše”, es decir Libuše Monikóva, la excelente escritora checa en alemán, hoy olvidada. Grass le confiesa: “también yo te he querido en vano por todas partes”. Y, por descontado, aparece Ute Grass, la fiel compañera de Grass durante la mayor parte de su vida, su mejor lectora y su mejor crítica. Grass, el Grass que conocemos, no hubiera existido sin ella.

Es una lástima, no poder comentar detalladamente los pasajes en que Ute y Günter relatan las medidas que adoptaron para su entierro y su vida en el más allá. Günter y Ute se ponen en contacto con un maestro ebanista amigo y le dicen lo que quieren. Ataúdes a medida, madera de pino para ella y madera de abedul para él. Las dimensiones, adecuadas a sus respectivos tamaños, serán distintas: dos metros diez para ella, dos para él, cuya caja sin embargo será cinco centímetros más ancha para poder dar cabida a sus hombros.

Los dos reposarían sobre un lecho de hojas que, según la estación del año, serían de distinto color y calidad. Él lo haría desnudo, pero ella no quiso renunciar a una mortaja, cosida por ella misma. Y no habría que olvidar meter en los ataúdes un puñado de nueces. Hace ya muchos años, en 1997, Günter Grass escribió un poema titulado “Provisiones de viaje”, que dice así: “Que me entierren / con una bolsa de nueces y mi dentadura. / Cuando algo cruja / donde repose, / tendrán que suponer: / es él, / siempre él”.

Los textos políticos, sin los que Grass no sería Grass, son sorprendentemente escasos. “Xenofobia”, “La luz al final del túnel” (sobre Grecia), “Mamá”, mejor dicho *Mutti*, (sobre Angela Merkel), “Lo que es un hecho” (sobre el Oriente Medio)... y se reflejan, sobre todo, en un poema: “Antes de que sea demasiado tarde”. Grass quiere dejar el mundo algo mejor de lo que encontró y hace un llamamiento a la responsabilidad colectiva. A mí me impresiona mucho “En este verano inflamado por el odio”, uno de sus últimos poemas.

Y, al hablar “Sobre la escritura”, Grass repite una anécdota que había contado ya: en España, un grupo de estudiantes se enteró de que seguía escribiendo en su vieja máquina de escribir Olivetti y tenía dificultades para encontrar cintas bicolors para ella, y le regalaron un paquetito de cintas “que, sin duda —dice Grass—, disminuyen de año en año, pero, calculo, me bastarán hasta el final”.

Los poemas de Grass incluidos en este libro son curiosos y, a veces, conmovedores. En muchas ocasiones, son simples ramalazos de poesía pura que se cuelan en ese libro nostálgico, humorístico y sosegado.

Me permitiré citar el más breve, al que acompaña un dibujo de huellas de pies en la arena: se llama “Leer huellas” y dice así: “A un lado del ribete de las olas / voy a mi encuentro —ida y vuelta—/ descalzo por la arena”. Puro *haiku*.

Recuerdo ahora otro poema de Grass que se asemeja un poco. Se titula “Estadio de noche”, y pertenece a su primer libro de poemas: *Las ventajas de las gallinas de viento* (*Die Vorzüge der Windhühne*), de 1956. Dice así: «Lentamente ascendió el balón el cielo. / Entonces se vio que estaba lleno el graderío. / En la portería estaba el poeta solitario, / pero el árbitro pitó fuera de juego.”

A finales de septiembre de 2016 se celebró en Gotinga, (Göttingen), la última reunión de traductores de Grass. Yo no pude estar, como no pude estar en la primera, la de *El rodaballo*, en 1978, pero estuvo mi mujer Grita Loeb sack, que siempre ha colaborado conmigo en mis traducciones de Grass. Ella me trajo el saludo de otros traductores, a los que Grass llamaba “su familia ampliada” y que le dedicaron allí su último homenaje.